

**SEMINARIO, Bruno.** *El desarrollo de la economía peruana en la era moderna. Precios, población, demanda y producción desde 1700.* Lima: Universidad del Pacífico, 2015; 1298 pp. Cuadros, gráficos, mapas, bibliografía.

El profesor Bruno Seminario de la Universidad del Pacífico ha publicado un libro impresionante desde varios puntos de vista. Lo que primero destaca es, desde luego, su tamaño de mil trescientas páginas de formato grande, letra menuda y márgenes estrechos, pero es también impresionante la vastedad de su objetivo: reconstruir las grandes variables de la economía peruana: la población, el comercio exterior, la producción de sus principales sectores económicos, la evolución de los precios y los términos de intercambio y, desde luego, el indicador que condensa todos estos datos: el producto bruto interno (PBI). Todo ello para un lapso de varios siglos, que arrancan por lo menos en el año 1700 y, en varios casos, retroceden un siglo más atrás, hasta casi el tiempo de la conquista española. Impresionantes son también el trabajo de investigación realizado y lo sugerente de sus interpretaciones acerca de la evolución de dichas variables en una perspectiva histórica de tan largo plazo.

Seminario ha recurrido a las series cuantitativas que la historiografía demográfica y económica sobre el Perú ha venido produciendo en las últimas décadas. Durante los últimos cincuenta años diversos historiadores, peruanos y extranjeros, reconstruyeron, sobre la base de pacientes investigaciones de archivo, datos sobre la evolución de la población indígena tributaria, la producción de metales preciosos en las distintas regiones, la recaudación fiscal según tipos de impuestos y de regiones, la distribución del gasto público, la evolución del tráfico comercial con Europa y el resto de América, y los precios de diversos bienes, que incluían los salarios pagados en sectores claves como la minería o la agricultura. Bruno Seminario no ha dejado número sin utilizar, de los que aparecen en la bibliografía histórica más accesible y respetada. El libro incluye centenares de tablas y gráficos que condensan el trabajo de recopilación y análisis de los datos que pacientemente reunieron él y sus colaboradores desde los años noventa.

El libro concluye en que “El Perú es una economía de abruptas y profundas depresiones.” (p. 45) Estas habrían interrumpido intermitentemente, con más frecuencia y gravedad que en otros países del mundo, los ciclos de crecimiento, haciendo que el Perú se convierta en una especie de encarnación de la maldición de Sísifo: aquel desgraciado personaje de los mitos griegos, condenado a empujar por una cuesta un peñasco que, por las noches, retrocedía todo lo que durante el día él lo había logrado ascender. De acuerdo a Seminario el atraso del Perú respecto de otras economías del mundo más desarrolladas y con las que el país se relacionó estrechamente en diversos momentos de su historia, como España e Inglaterra, por ejemplo, se habría labrado en tiempos relativamente recientes, que ubica a partir de los años de 1870. Hasta entonces, según propone Seminario, la brecha entre el producto bruto interno por habitante del Perú y de España no existió, o fue favorable al primero (p. 51). Una serie de tragedias que Seminario denomina “eventos poco frecuentes”, porque no alcanzan a ser cíclicos, a la vez que aparecen como externos a la economía local, tales como epidemias, guerras o

crisis económicas internacionales, hicieron desandar lo avanzado por la producción en los períodos intermedios. La epidemia de 1720, por ejemplo, trajo abajo el crecimiento minero acontecido en el siglo XVII, como las convulsiones políticas de la independencia hicieron lo mismo con el auge borbónico y la guerra del salitre con el ascenso conseguido gracias a la bonanza del guano en el siglo XIX.

El azar, más que la mala salud institucional o las decisiones equivocadas en materia de política económica, habría sido quien labró el atraso económico del Perú respecto de las economías más exitosas del así llamado primer mundo. Esta conclusión desafía nuestra actitud como académicos, reacios a aceptar que los elementos más decisivos de la historia correspondan a factores caprichosos e imprevisibles, y convencidos, como fieles creyentes, de que las buenas acciones en la vida han de tener frutos positivos para sus autores. Pero es la conclusión a la que este economista arriba tras su paciente y profunda incursión por el reino de la historia.

Parte de ese resultado, que hace aparecer la curva del producto bruto interno (PBI) peruano como la cola de un estegosaurio, puede deberse, sin embargo, al método de reconstrucción de la parte, siempre espinosa en estos ejercicios cuantitativos de la contabilidad nacional, que es la economía de subsistencia: aquel mundo de campesinos regido por el autoconsumo y los intercambios no monetarios. Seminario recurrió a lo que se conoce como la “regla de Bairoch”: calcular el producto campesino como la multiplicación por el número de días hábiles del año (200 a 260) del jornal de un trabajador rural. Este método tiende a sesgar hacia abajo el tamaño del sector de subsistencia, puesto que en este el trabajo es realizado por toda la familia y no solo por una persona y porque, además, el salario en moneda nunca representa toda la remuneración. En el caso peruano, hasta bien avanzado el siglo XX, los jornales en metálico eran acompañados de ordinario de la entrega de alimentos, bebidas, protección política del empleador (un beneficio muy difícil de cuantificar) y del disfrute de derechos sobre los bienes públicos o semi públicos de la unidad productiva, como podían ser bosques, pastos o lagos.

El jornal en el campo andino estuvo fuertemente basado en un precio de costumbre hasta los inicios del siglo XX, pero la verdadera variable de ajuste en el precio del trabajo fueron los alimentos que se entregaban al operario o el derecho a quedarse con parte del producto. La escasez de moneda propició este tipo de arreglos. Adicionalmente, mientras el campesino prestaba su trabajo, por lo común solo estacionalmente, a un hacendado o patrón, su familia seguía produciendo bienes agrícolas, ganaderos o artesanales en el pueblo o comunidad de origen. Los datos que presenta el libro de que toda la producción agrícola peruana de 1795 representaba menos de la mitad: un 45% del PBI de dicho año (p. 539), o que la agricultura de la sierra en 1876 representaba solo el 41% de toda la agricultura peruana (frente al 59% de la correspondiente a la costa) (p. 771), en un momento en que la sierra alojaba al 70% de la población y triplicaba a la población de la costa, parecieran revelar una subestimación de la producción campesina.

En futuros trabajos el sector de subsistencia no debería enfocarse solo demográficamente; en el sentido de que aumenta o disminuye paralelamente a la población. Debíó

tener también ganancias de productividad y de consumo. Los viajeros que recorrieron la sierra peruana en el siglo XIX reseñaron que los campesinos ya empleaban instrumentos de fierro, bebían aguardiente copiosamente, celebraban fiestas patronales con abundante cohería y corridas de toros, vestían con ropas teñidas con añil u otras sustancias más elaboradas; el perfil de su consumo parecería así superior al de siglos atrás.

Al subestimarse el sector tradicional y, consecuentemente, sobreestimar el sector moderno o comercial, los cambios en el PBI a lo largo del tiempo resultan más acusados y volátiles. Así se explicaría que el PBI por habitantes de la década de 1820 aparezca inferior al de toda la época colonial previa, o que el PBI por habitante del momento más fulgurante de la era del guano, en la década de 1870, resulte inferior al del Perú borbónico en vísperas de la rebelión de Túpac Amaru (véase gráfico de la p. 118).

Ciertamente, resulta difícil culpar a Seminario de dicha subestimación del sector tradicional, ya que todo el método de contabilidad del PBI padece de este defecto: al contar solo aquellos bienes y servicios por los que efectivamente se paga, se omiten los bienes y servicios que en una sociedad tradicional no siguen patrones comerciales. Por eso mismo el siglo XX asoma en este libro como el de la gran expansión de la economía. La “modernización” económica suele consistir en que los bienes y servicios que antes eran autoprovistos por la familia o la comunidad agraria, como la educación, los cuidados maternos y de salud, el transporte o el entretenimiento, pasan a ser comprados en el mercado y en consecuencia, a ser incluidos en la contabilidad de la economía. De otro lado, es conocido que el PBI nos informa acerca de cuánto se produce dentro de una economía, pero no se pronuncia acerca de cuánto de ello puede ser retenido por los habitantes de la economía. Durante el siglo XX ocurrió una importante desnacionalización de la propiedad en sectores importantes de acumulación de ganancias, como la minería. El PBI, en consecuencia, pudo crecer, pero no necesariamente lo hicieron también los ingresos de los peruanos.

De todas formas, es justo reconocer que Bruno Seminario ha sido cuidadoso en contrastar sus hallazgos con los de otros colegas que han propuesto reconstrucciones similares para países latinoamericanos, como Colombia, México o Bolivia, o para países europeos, como España e Inglaterra. Y sus resultados se alinean razonablemente con los de ellos.

En el Perú no son muchos los economistas que han penetrado en la oscuridad del pasado para producir conocimientos acerca de nuestra historia económica. Hubo una tradición en este sentido con figuras como José M. Rodríguez o Alejandro Revoredo, que se perdió después. Más recientemente lo hicieron sobre todo académicos extranjeros como Shane Hunt, Rosemary Thorp o Albert Berry. Es reconfortante saber que un profesor peruano se suma a este distinguido elenco, y lo hace con un trabajo innovador y profundo. Será tarea de varios años revisar las cifras y las interpretaciones que propone. Aquí solo hemos bosquejado una primera y rápida impresión.

Carlos Contreras Carranza  
*Departamento de Economía de la PUCP*